

UN VIAJE SORPRENDENTE

Da rienda suelta a tu imaginación, querido lector. Dime el lugar que elegirías para pasar unas fiestas tan entrañables, tan familiares, tan nuestras... como son las Navidades, con su Papá Noel, la celebración del Fin de Año, la Cabalgata de los Reyes Magos... ¿En la hogareña casa del pueblo en compañía de todos los tuyos? No, amigo, no. Sé un poco más original.

A ver, a ver... ¡Eso es, muy buena elección! ¡En Argelia, norte de África! Un país totalmente musulmán.

Tomé esa decisión hace más de un año, antes de que nos ensombreciera la avalancha de negativos acontecimientos derivados de la pandemia que aún perdura.

Era principios de diciembre. Acababa de concluir un viaje por mar y ya tenía otro a la vista para finales de enero, quedando margen suficiente para cambiar de aires, de entorno, de cultura... y a la vez quitarme de encima la obligada celebración de esas fechas tan significativas.

Una vez echado un vistazo a través de Internet me di cuenta de lo complicado que era tramitar el visado turístico. "¡Está bien! –me dije–. Así irá menos gente" Estaba en lo cierto.



No iba a ser mi primer contacto con aquel país. Hace muchos años y tras soportar varios días de duro temporal en aguas del Mediterráneo, hice escala en el puerto argelino de Ghazaouet con la sana intención de dejar pasar el mal tiempo. Nada más amarrar, las autoridades portuarias requisaron a mí y a mi tripulación nuestros pasaportes y documentación del barco, desapareciendo inmediatamente sin recibir ningún tipo de explicación. Durante una semana deambulamos por los alrededores del puerto y calamitoso pueblo sin recibir respuesta a nuestras demandas, tan solo algún jocoso comentario como: "Pues si no resolvéis pronto vuestro asunto y todavía estáis aquí cuando comience el Ramadán... lo tenéis mal."

El desenlace de tal aventura se produjo a través de las ondas de radio. Conseguí contactar con la radio-costera de Almería, que enlazó con el teléfono de un buen amigo, a la vez funcionario en el Ministerio de Asuntos Exteriores, trasmitiéndole nuestro problema.

Unos días después llegó hasta aquel amarre portuario una furgoneta de donde bajó un bigotudo y sonriente militar con toda nuestra documentación en la mano. Unos operarios extrajeron del interior del vehículo cuatro copiosas cestas con comida variada, tres grandes bidones de agua, una bolsa de dátiles... y tras un apretón de manos, el oficial nos deseó buena travesía.

En aquel momento nuestras amarras ya estaban sueltas. No hubo reticencias al respecto y nos hicimos de nuevo a la mar.

De aquello hace más de treinta y cinco años.

Siempre me han llamado mucho la atención los países ribereños del norte de África. Conozco bien Marruecos, al igual que la soleada Túnez. He recorrido casi todo Egipto, Libia ni tocarla, y Argelia, tan cercana a Alicante, mi ciudad, una *Asignatura Pendiente*.

La decisión estaba tomada, pero esta vez evitaría los problemas burocráticos y malos entendidos.

Desde un principio conté con la colaboración de Vicky y Fletcher, y juntos comenzamos dando forma a dicho viaje.

La primera opción fue la de navegar hasta allí a bordo del ARCHIBALD.

—No se encuentra lejos —les comentaba, observando la cartografía náutica—. Argel está a unas doscientas millas de Alicante. Con buen viento eso lo tenemos hecho en día y medio.

—Esta vez no es buena idea ir en velero —rebatía Fletcher—, he estado recabando información al respecto y Argelia se encuentra en la prehistoria en lo referente al turismo, sobre todo al náutico, donde nos incluimos. Por otro lado, ni siquiera en el puerto de Argel, la capital, existe infraestructura para yates; no hay marinas ni clubes náuticos en condiciones... Pero bueno, eso sería lo de menos, el ARCHIBALD lo podríamos meter en cualquier rincón, incluso con muy poco calado. El problema lo tendríamos en los trámites de entrada; al no existir el concepto de turista que llega en embarcación de recreo deberíamos despachar como un buque mercante y esas diligencias se pueden eternizar..., a no ser que contratemos los servicios de una agencia consignataria. Y eso es solo el principio, ni siquiera los vagabundos franceses hablan bien de Argelia, cuentan experiencias bastante negativas, como la tuya. Además, también está lo de la visa de entrada en el país...

—Justo de eso quería hablar —comenzó a explicar Vicky—. He bajado de la página de la embajada en Madrid toda la información que he podido, incluidos los formularios para conseguir el visado. Piden un montón de cosas, entre las que destaca un seguro de viaje en el que conste específicamente el país de Argelia, también se añade el pago de tasas, nuestro itinerario durante la estancia... laborioso pero no imposible de lograr, salvo esto: una invitación personal por parte de un argelino o residente en Argel compulsada por las autoridades municipales; igualmente puede valer un documento confrontado por alguna empresa argelina, si el viaje es por motivos de trabajo, o también un ofrecimiento de visita venido de algún responsable gubernativo. Así de claro lo especifican.

Los tres nos quedamos abatidos ante aquello. No conocíamos a nadie en Argelia que nos pudiera invitar a visitar su país. Siempre ha de surgir la tecla desacordada que echa a perder toda una melodía. Antes del concierto siempre hay que afinar el piano.

—¿Eso es todo? —exclamé intentando aportar un poco de ánimo—. Solo necesitamos hacer un buen amigo argelino.

—Os lo dejo a vosotros, que estáis más cerca —argumentó Fletcher—. Yo estoy en Cantabria, y hasta aquí no llegan las pateras.

—El trámite no puede ser tan complicado —le argumentaba a Vicky aquella tarde—. Si fuera así no iría nadie...

—Es que a Argelia no va nadie —me rebatía—, por eso no hay turismo. Los únicos que van y vienen son los propios argelinos...

No me podía a rendir ante tan negativa evidencia.

Por suerte en Alicante se encuentra uno de los pocos consulados de Argelia en España. Tardé diez minutos en plantarme ante su puerta.

Me atendieron muy cortésmente, incluso me ofrecieron un té moruno, pero insistieron en lo de la invitación; sin ella no había posibilidad de visado, y ni siquiera se admitía una reserva de hotel, mucho menos la posible presencia en el puerto de un velero particular sin un motivo manifiesto y no valía como excusa la arribada forzada por el mal tiempo. Las normas no habían cambiado en, al menos, treinta y cinco años.

Regresé pensativo al Club de Regatas, donde se encuentra mi barco, negándome a abandonar la idea de dicho viaje. Ya en la cafetería, con poca clientela, saludé a un amigo de los pantalanes que a todas luces partía de viaje, esta vez por algún otro medio que no fuera por mar y en barco:

–¿Te vas, Julio? –le dije.

–Pues sí –respondió–, un mes y pico, a hacerle un poco de compañía a mi pareja... En fin, no me gusta dejar el barco solo tanto tiempo.

–¿Y dónde vas tan cargado...?

–Pues a Argelia, ya ves tú... y sí, muy cargado; hay cosas que allí no se pueden conseguir tan fácilmente como aquí.

Los ojos se me abrieron como platos. Empezaba a ver una pequeña luz al final del túnel.

La pareja de Julio trabajaba en la embajada española y él viajaba con pasaporte diplomático. Al exponerle mi dilema, Julio sonrió:

–No creo que haya ningún problema, le diré a Victoria que os haga llegar una invitación formal desde su trabajo. Estaría bueno que nos encontráramos allí, os llevaría a conocer lugares muy interesantes...

Una semana después recibía las invitaciones personales ratificadas por la embajada española. Las llevé al consulado para ver si me daban el visto bueno y tras verificarlas, el funcionario argelino estiró su negro bigote mostrando una gran sonrisa, mientras decía a la vez:

"Parfait. Ils sont bien corrects"

El primer paso hacia Argelia estaba dado.

En su primer correo, mi amigo Julio me disuadió de ir navegando con el ARCHIBALD: "Los argelinos todavía no están preparados para eso. Mejor busca otro medio para venir"

Existe una flamante línea de ferry que une Alicante con la capital argelina. Muy ufano propuse dicha posibilidad a Julio, respondiéndome lo siguiente:

–A no ser que vayas a traer tu propio vehículo, algo que no te aconsejo, ¡Ni se te ocurra! Tendrás que esperar para embarcar haciendo una cola interminable, pasarás una noche de perros y una vez en el puerto de Argel deberás esperar a que los funcionarios concluyan sus rezos para realizar el despacho de entrada; en definitiva, prácticamente un día de viaje. Además, el pasaje del ferry no es nada económico.

–Entonces... ¿Cómo vamos a Argelia?

–Pues en avión, vuelo directo Alicante–Argel. Rápido, barato y de trámite aduanero sencillo.

Ciertamente, Julio tenía razón. A pesar de mi inclinación por viajar en velero, saltar de aeropuerto en aeropuerto, por esta vez, era la mejor opción. Incluso el *jet-lag* no iba a ser excesivamente insufrible; la duración del vuelo apenas llega a una hora.

"¡Pues a mí se me han quitado las ganas de ir! –argumentaba Fletcher con toda la razón–. Vosotros lo tenéis más fácil porque en Alicante tenéis consulado. A mí me obligan a tramitar el visado a través del consulado en Barcelona, tengo que enviarles el pasaporte, cosa que no me hace ninguna gracia, probablemente me harán ir hasta allí para aclarar cualquier chorrada, y seguro que el día del viaje todavía estará en trámite la gestión de mi visado. ¡Aunque tenga que soportar mucho más frío, prefiero pasar las vacaciones en Escocia!"

Y un par de días después, Fletcher ya tenía su pasaje para Edimburgo.

Tanto Vicky como yo estuvimos toda una semana yendo y viniendo del consulado argelino: falta una firmita; de esto hay que traer dos copias; en el seguro, a pesar de que incluye todo el norte de África, no se especifica claramente que cubre el territorio argelino; no consta el detalle e itinerario por fechas durante su estancia...

Y por fin, cuatro días antes de nuestro vuelo, conseguimos tener estampada en nuestro pasaporte la flamante visa argelina con una duración de tres meses.

¡Todo un éxito!

El avión de *Air Algérie* despegó a su hora. La ocupación del pasaje, menos del cincuenta por ciento, incluía solo dos infieles. El resto de los viajeros eran todos discípulos de Mahoma.

Tras el vuelo y el rápido trámite aduanero, nos esperaba en la salida del aeropuerto un chofer de taxi enviado por nuestro amigo Julio. Tras mis indicaciones y antes de llevarnos al hotel, Nadjib, el taxista, nos condujo hasta un pequeño bazar donde se podía conseguir el mejor cambio de divisas; nuestra primera toma de contacto en Argel fue la inevitable visita al mercado negro.

Un buen viaje hay que iniciarlo con una buena transacción monetaria.

Ya en el hotel y con los bolsillos repletos de dinares, una vez despojados de la impedimenta del viajero, nos echamos a la calle, ávidos por conocer del ambiente natural de la gran ciudad.

Dos cosas nos llamaron inmediatamente la atención: la primera fue los precios, al cambio nuestro, increíblemente bajos; la segunda, éramos los únicos extranjeros en aquella inmensa urbe.

–Deberías compartir un Burka, si quieres pasar desapercibida –le recomendaba a Vicky–, o al menos envolverte la cabeza en un velo islámico, y... anda un par de pasos por detrás de mí.

Vicky se negó a todo ello argumentando que la mayoría de las chicas iban vestidas e incluso se comportaban siguiendo las tendencias de lo más europeas.

Siempre la juventud en contra de la fiel tradición.

Yo, en cambio, enseguida me mimeticé con el pueblo llano. No me hubiera importado haberme vestido con una chilaba, llevar un *fez* en la cabeza, e incluso arrastrar una cabra atada con una cuerda, pero la mayor parte de los hombres llevaban pantalón tipo *chino*, de porte *casual*, gorra de beisbol y sudadera con capucha, que debía cubrir dicha gorra, algo que no conseguía llegar a entender, pero ya se sabe: *allá donde fueres, haz lo que vieres*.

No podía evitar mis ojos claros, pero para eso existen las gafas de sol.

Ya entre la muchedumbre que llenaba las primeras calles y plazas, Vicky no paraba de protestar: “Cada vez que miro algún escaparate o me doy la vuelta, aunque sea un segundo... ¡Ya te he perdido!” señal de que mi atuendo era el adecuado.

Argel es una ciudad fantástica, mezcla de estilos arquitectónicos, herencia del imperialismo francés. Tras su emancipación, Argelia ha mantenido dicho legado arquitectónico en cuanto a las edificaciones emblemáticas se refiere, incluyendo algunas iglesias cristianas.



La Grand Poste

Caminamos por una gran avenida, repleta de gente yendo y viniendo, con un tráfico caótico, donde un sinnúmero de tiendas de todo género franqueaban las escuetas aceras. Poco a poco, empapándonos de aquel ambiente mezcla de árabe y resquicios del antiguo colonialismo francés, llegamos al inicio de una gran plaza, regida por el impresionante edificio de La Grand Poste, el icono principal de la gran capital.

Dicha construcción, bella muestra del arte neo mudéjar, divide la ciudad en tres sectores. Hacia un lado la zona portuaria, justo detrás de ella comienza la parte más antigua,

dominada por la Casbah, Patrimonio de la Humanidad; y en el lado opuesto, el sector más actual, mezclada con edificios de todas las tendencias.

Al carecer de turismo, no existen agencias informativas al respecto. Hay que llegar aquí con al menos esos deberes hechos: mapas impresos, guías extranjeras, archivos orientativos bajados de Internet... normalmente el trabajo del profesor Fletcher, y a la vez ir descubriendo todo ello *in situ* poco a poco, que era justo lo que comenzábamos a hacer.

Indudablemente, un mínimo de información hay que llevar. En una comprimida y a la vez, desorganizada librería, adquirimos un somero mapa de la ciudad, lo suficiente para no desorientarse demasiado y conseguir regresar a nuestro hotel. Pero Argel no es una ciudad complicada, al menos en su parte central, ya que tiene como referencia la zona portuaria y el inamovible mar Mediterráneo. En un par de días ya correteábamos sus calles como dos argelinos cualesquiera.

Desde la plaza de La Grand Poste caminamos por un amplio paseo repleto de variada vegetación que remonta hacia la parte alta de la ciudad, desde donde se puede admirar unas bellas panorámicas de todo aquel bulevar y una gran porción del puerto. De nuevo en la plaza, decidimos descansar en la terraza de una de tantas suntuosas cafeterías que rodean La Grand Poste.

–Bueno, tengo un poco de hambre –apuntó Vicky–, ¿Qué podemos tomar?

–Pues según tengo entendido –le informé–, lo típico de Argel son las croquetitas de jamón. Ve y pide un par de raciones en la barra, así practicas el francés; eso y dos cañitas de cerveza.

No había dado ni cinco pasos cuando Vicky se paró en seco, girándose con los ojos echando chispas, mientras yo no paraba de reír.

–iPedir cerdo y alcohol en un país musulmán! – replicaba–. ¡Me podían haber lapidado por ello!

En vez de eso, disfrutamos de unos elaborados capuchinos de rico café expreso y una surtida bandeja de dulcísimos pasteles, todo servido por un sonriente y cordial camarero.

Tras demandar la cuenta y abonar la consumición, hice el cálculo de dinares a euros, y...

–¿Cuánto ha costado la fiesta? –quiso saber Vicky.

–iIncreíble! Apenas un euro –le respondí, mientras observaba el lugar donde nos encontramos; una de las terrazas más suntuosas de la ciudad.

Empezábamos a tomar conciencia de lo que era Argel.

Aquella tarde quedamos con Julio, que vino a por nosotros en su coche para mostrarnos una buena parte de la ciudad.

“Como veis, conducir por Argel es una locura –nos comentaba–, hay una saturación tremenda de vehículos, y si sumamos a eso la inexistencia de semáforos... o mejor dicho, aquí todo el mundo se imagina que están siempre en verde. Más os vale que desechéis la idea de alquilar un coche; llegad a un acuerdo con el chofer que envíe al aeropuerto y que os lleve donde queráis. Ya os adelanto que saldrá barato y por supuesto más, relajante.”

Ese fue el mejor consejo.

Tras un par de días deambulando por el centro de la ciudad, disfrutando de las soleadas terrazas, buen pescado, delicioso cordero, cous-cous, té moruno... Llegado el momento, le dije a Vicky:

“Hoy prepárate para caminar mucho y subir escaleras; vamos a la Casbah.”

Se trata de la parte más antigua de la ciudad, ubicada mucho antes de la llegada de los franceses y donde se fraguó posteriormente por el FLN la independencia de Argelia. Es justo aquí, dentro de esta enorme y laberíntica ciudadela, repleta de callejuelas, pasadizos, recovecos, fuentes, pequeñas mezquitas, incluso museos artesanales... donde se encuentra oculto el auténtico Argel.



En la Casbah

No puedo decir que sea peligroso para el turista deambular por su interior... ni lo contrario. Al no existir el turismo, la vida cotidiana transcurre en total normalidad, a pesar de que un par de seres estrambóticos procedentes del Mundo Exterior deambulaban como perdidos de uno a otro lado.

Aquí sí que eche de menos una buena chilaba.

Vicky seguía sin querer embutirse dentro de un Burka, pero al menos admitió a consideración llevar el *hiyab*. En la Casbah se haya toda la historia pretérita de Argel. Dicho barrio comienza en las proximidades portuarias y llega hasta la zona alta de la ciudad, donde se inicia la parte más moderna de esta gran urbe.

Las más antiguas construcciones de la Casbah se remontan al siglo XI, pero la mayor parte de esta antigua ciudadela, en su tiempo amurallada, data del XVII.

Es la auténtica Argel precolonial, la islámica, varias veces asediada y a la vez conquistada, en ocasiones destruida y de nuevo levantada. Esta alcazaba tuvo en su día siete grandes puertas, quedando actualmente reconocibles al menos tres, y nada más traspasar una de ellas, el tiempo parece retroceder varios siglos.

Calles empinadas, increíblemente estrechas, en su mayoría techadas, van configurando esta laberíntica mezcla de blancas casas con sus recargados pórticos.

Tras un par de horas recorriendo todo aquello y sin mucha información al respecto, comenzamos a dar la Casbah por visitada. De repente un joven se dirigió a nosotros ofreciéndose como guía turístico.

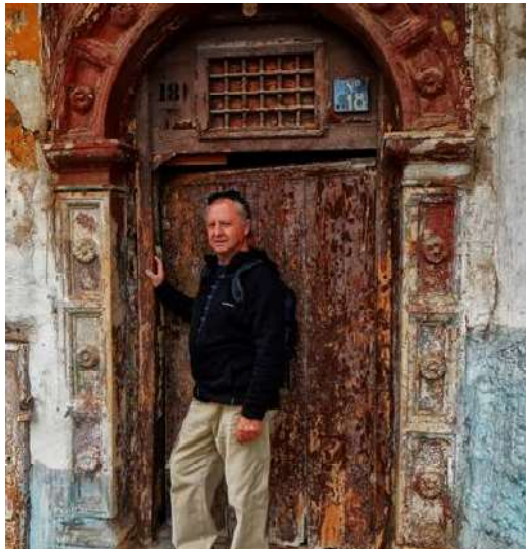
“¿Guía turístico en un país donde no existe el turismo?” objeté. Estaba equivocado.

La imagen que se te viene de repente a la cabeza cuando citas la palabra “turista” es la de un oriental llevando al cuello una sofisticada cámara fotográfica o un espigado nórdico de piel

blanca-rojiza casi transparente, vistiendo bermudas y calzando a la vez sandalias y calcetines; nada más lejos de la realidad. En Argel el turismo es en su gran mayoría árabe, proveniente de sus países vecinos: Marruecos, Túnez, Libia...

Nuestro guía fue mostrándonos lugares antes inadvertidos mientras iba narrando curiosidades del lugar:

“En estas casas se inició la revolución...” “Esa es la mezquita más antigua” “Estos símbolos en las puertas significan...”



Visitamos tiendas de artesanía, pequeños museos, incluso viviendas particulares, donde nos ofrecieron el fraternal té junto con los típicos dulcísimos pasteles.... Y llegada la hora del rezo, nuestro guía nos hizo subir hasta la terraza más alta de aquellos antiguos edificios para admirar la magnífica panorámica que ofrecía aquella eterna ciudad portuaria, mientras que a la vez, de los minaretes de todas sus mezquitas, surgía el monótono clamor del imán invitando a la oración.

Solamente por apreciar aquel momento tan sublime, este viaje había valido la pena.

Esa noche cenamos en casa de Julio y Victoria. Platos típicos árabes, regado todo ello con buen vino de Rioja que había conseguido pasar inadvertido envuelto en nuestro equipaje facturado. A la sobremesa, nuestra pareja anfitriona nos habló de la Argelia actual, añadiendo algunos buenos consejos:

“El argelino, de por sí cordial, es tímido por naturaleza. Hay que mostrarse respetuoso con ellos, ya que no están acostumbrados a tratar con turistas occidentales. Emplead siempre las palabras y fresas de cortesía que conocéis y os tratarán amablemente y con deferencia.

“Una buena parte del país es seguro, como ya habéis comprobado paseando por la Casbah y el resto del centro. Esto se mantiene por la franja del litoral e incluso una extensa porción del interior, pero aún así llevad cuidado. Tenemos constancia de que una célula importante de Al-Qaeda del Magreb Islámico opera activamente en el país. Desde 2007 Argel no sufre ningún atentado serio, pero...”

“Lo que quiere decir Victoria –intervino Julio–, es que más vale que no salgáis de la zona segura, es decir, no debéis ir más allá del inicio de los Atlas; en definitiva, el desierto es ahora zona restringida, y si las autoridades aconsejan no ir, lo mejor es no ir.”

Me quedé observando un gran mapa de Argelia que había en la casa. Más del setenta por ciento del país nos estaba vetado.

“No pongas esa cara –dijo Julio–, ya sé que es una pena, conozco el desierto argelino y es increíblemente bello, pero así están las cosas. De todas maneras el “poco” territorio al que tienes relativamente acceso es casi tan grande como España. Ten en cuenta que Argelia tiene casi dos millones y medio kilómetros cuadrados. Las primeras arenas del desierto están más lejos que de aquí a Alicante. Ya por el sur empiezan los campamentos de refugiados de Mali y Níger, zona de violencia y atentados, tampoco es que la frontera con Libia es que sea muy segura...”

“Ni la de Marruecos, ni la de Túnez –intercaló Victoria–, las fronteras suelen ser peligrosas.”

La velada prosiguió con estas y otras buenas indicaciones, añadiendo lugares para visitar en Argel y alrededores.

Esta vez habría que hacer caso.

La siguiente jornada también era de caminar. Visitaríamos el jardín botánico de Hamma, uno de los lugares imperdibles de la ciudad.

Se encontraba lejos, prácticamente a las afueras. Lo fácil hubiera sido pedir un taxi o recorrer todo aquel trayecto en el moderno metro, pero Argel es una ciudad en donde imperan los sentidos, con su multitud de matices, aromas sugerentes, bellos contrastes en torno a su infinidad de mercadillos, tiendas de lo más variopintas, bonitas plazoletas, al igual que sus edificios de toque arabesco..., sin olvidar el enorme gentío que deambula por todo lugar.

Y así, descubriendo la esencia de esta gran urbe mediterránea, calle tras calle, mercado tras mercado, un café aquí un té allá... fuimos acortando los casi 5 kilómetros que nos separaban de nuestro objetivo.

De repente, Vicky exclamó:

“Oye, para no haber casi turismo... eso de ahí es un hotel Sheraton de cinco estrellas.”

Por una vez no había que pasar desapercibido, sino todo lo contrario. Obviando las típicas palabras *Salam, Sukran, Sabahul, In Sha'llah...* Expresándonos en correcto inglés, nos introdujimos en dicho hotel como dos huéspedes más.

Esta vez, en una de sus suntuosas cafeterías, sí descubrimos algún guiri, pero no turista, sino empresarios impecablemente vestidos a la búsqueda de algún boyante negocio. El turismo, en evidencia elitista que allí encontramos, era mayormente árabe, pero no procedente de los países limítrofes, sino de otros bastante más allá, al otro lado del mar Rojo.

Tras pasear por los ostentosos salones y degustar un café a precio más que occidental, llegado el momento y ante la supuesta presencia de lo que podía ser algún fanático talibán, salimos rápidamente de aquel lujo oriental para, mucho más tranquilos y relajados, continuar nuestro camino. Los jardines ya se encontraban cerca.

Aquel gran parque era de lo más extenso y a la vez increíble, incluso poseía en uno de sus rincones un completo zoológico, que por supuesto recorrimos.

Esta gran extensión repleta de exuberante arboleda se remonta a los comienzos de la ocupación francesa, en el apogeo de la magna época colonial. Su fin era el de aclimatar toda la

variedad botánica que los franceses recogían en sus territorios africanos tropicales antes de ser enviada a la Francia parisina para embellecer los propios parques y jardines.

Y tras la independencia argelina, aquí quedó todo este ejemplo de floresta africana, que con el tiempo fue creciendo y desarrollándose hasta constituir uno de los iconos más bellos de la ciudad.



Jardines de Hamma

Gigantescos ficus, acacias, baobabs... y demás árboles tropicales se encuentran entre densos bosques de bambú, fuentes, piscinas naturales y largos estanques llenos de lirios, nenúfares y otras plantas acuáticas. Incluso se cuenta que en uno de estos rincones se tomaron algunas escenas de las primeras películas del mítico Tarzán, protagonizado por Johnny Weissmüller; lamentablemente, filmadas en blanco y negro.

Paseando bajo la lujuriosa arboleda, siguiendo las antiguas veredas, descansando bajo su refrescante verdor, dejamos pasar la mayor parte de la jornada.

Llegada la tarde, ya fuera del admirable y bien mantenido jardín, quisimos llegar hasta una vieja gruta, donde supuestamente Miguel de Cervantes, evadido de su presidio en esta ciudad, empezó a concebir su famoso *Quijote*. Lamentablemente su estado de conservación dejaba mucho que desear.

Julio se puso en contacto con nosotros al día siguiente:

"Iré a buscaros a media mañana; daremos una vuelta por el centro y almorzaremos juntos. Más tarde nos reuniremos para picar algo con Victoria y Miguel López, el presidente de nuestro Club de Regatas, que viene a Argel por motivos profesionales..."

No lo podía creer. Nos íbamos de tapas con los amigos, como si estuviésemos en casa. A ver si al final iba a ser posible pedir al camarero las añoradas cañitas junto con las deliciosas croquetitas de jamón.

Julio nos mostró algunos tesoros más que guarda esta sorprendente ciudad, como la iglesia católica de Nuestra Señora de África, el monumento a los Mártires, el puerto viejo, varias mezquitas del todo significativas... y sí, ya en compañía de Miguel llegaron las cervecitas, degustadas en la selecta cafetería de otro hotel de lujo y pagadas a precios nada argelinos. No hubo croquetitas, pero la gastronomía del país es tan extensa y exquisita que en ningún momento las echamos en falta.

Se acercaba la Nochebuena y Navidad, aquí, evidentemente, sin celebración, pero un par de días antes compartimos una cena junto con varios funcionarios de la embajada española antes de que iniciaran sus vacaciones y viajaran a nuestro país, Julio y Victoria incluidos. Quedábamos solos en África.

"Ir con cuidado, no meteros en ningún lío. Nos veremos a vuestro regreso, ya en Alicante" fueron sus consejos antes de partir.

In sha'llah (Si Alá así lo desea), fue mi respuesta, dicha inclinando levemente la cabeza, mientras me llevaba la mano al pecho.



Iglesia católica Nuestra Señora de África

No nos cansábamos de pasear por la ciudad, deambulando entre los abarrotados bazares, visitando museos como el del Bardo, simplemente espectacular; ojear los pequeños comercios de manufactura local, recorrer la infinidad de risueños jardines, disfrutando a la vez de la comida típica y del aromático té de menta.



Paseo Marítimo de Zighout

Nos agradaba sobremanera caminar por el bulevar del paseo marítimo, especialmente al atardecer, con sus coloniales edificios blancos con un aire arabesco que recuerdan a la Marsella de los años cincuenta; es lo primero que se distingue cuando se arriba a Argel por mar.

Pero el tiempo corría y había que aprovecharlo.

A escasos setenta kilómetros se encuentra la villa de Tipasa, asentamiento originariamente fenicio y célebre por sus ruinas romanas, un lugar de obligada visita. Haciendo caso a las sugerencias de Julio me puse en contacto con Nadjib, nuestro chofer. No hubo problemas; a cambio de una cantidad de dinero ínfima, estaría a nuestro servicio toda una jornada.

Iniciamos temprano el viaje y tras algo más de una hora de vertiginoso viaje, llegamos a nuestro destino. Nadjib nos fue aconsejando lugares donde comprar artesanía, donde almorzar, donde descansar... y tras dejarnos en la entrada a las ruinas, nos dijo: "Cuando queráis regresar, me enviáis un Whatsapp" y desapareció.

A Vicky este lugar le pareció increíble, a diferencia del "mendrugo", culturalmente hablando, que tenía a su lado. Para mí, la palabra *ruina* es sinónimo de *pedras viejas y rotas*.

–¿No te impresiona? –exclamaba Vicky *la arqueóloga*–. ¡Nos encontramos en el centro de una basílica romana!

–Errr... Bueno... Tal vez esto fuera una basílica, pero poco le queda. Yo solo veo media docena de bloques de arenisca amontonados, un par de columnas a punto de caerse y un mosaico al que le faltan la mitad de las teselas.

–¡Eres un animal! Esto tiene más de mil quinientos años de antigüedad. ¡Ponle imaginación!

–Le pongo, le pongo... –respondía–, pero aún así... Me impresiona la pirámide de Keops, me impresiona el Partenón, el Coliseo... es antiguo y mantiene su estructura. ¿Pero... esto?

No había caso. En ese aspecto, mi sensibilidad cultural–histórica, quizá, la tenía poco desarrollada.

Sí es cierto que me maravillaba la composición del entorno. Aquellos vestigios arquitectónicos frente al calmado mar Mediterráneo, rodeados por pinos y arboleda autóctona, bajo la suave luz invernal. Verdaderamente de aquel lugar emanaba tranquilidad.

Vicky se encaminó hacia la necrópolis y yo anduve paseando por los acantilados costeros, lamentando no haber traído un buen neopreno y mi equipo de pesca submarina... hasta que me entró el hambre.



Ruinas de Tipasa

Descubrí a Vicky asomada a una de aquellas derruidas catacumbas. Me deslicé por una de las aberturas dirigiéndome sigilosamente hacia su encuentro, mientras exclamaba con voz grave:

“¿Aquí es que no se come?”

Su grito de terror aún resuena en mis oídos.

Ya en el pueblo, nos dirigimos al restaurante recomendado por nuestro chofer. Se trataba de un establecimiento popular, al aire libre, donde a la vez se daba servicio a más de cien comensales, porque he de aclarar que Tipasa es uno de los lugares más frecuentados del país, refiriéndome, por supuesto, al visitante íntegramente nacional.

Tras un rato de espera, conseguimos mesa. Nos hicimos entender en francés con añadidos arabescos: pedimos algo de pescado y un plato de gambas, todo ello acompañado por una deliciosa limonada. Lo típico del lugar.

El pescado, una dorada enorme, más fresca imposible, se salía de la bandeja. Lo mismo que las gambas; deliciosas.

—No puedo más —se lamentaba Vicky, mientras le salían las gambas por las orejas—. ¿Le decimos al camarero que nos guarden las que quedan en un *Tupper*?

—Deja, deja. Aquí los *Tupper* son de papel y tienen forma de cucurucho. Que se las den a los gatos; también tienen derecho —respondía mientras ojeaba la cuenta—. ¿Sabes cuánto ha costado toda esta zampa, incluido los dulces y el café de puchero? ¡Menos de cinco euros! Mañana volvemos.

Llegada la tarde y para bajar la comida decidimos pasear por las precarias instalaciones portuarias, que daba cobijo a medio centenar de embarcaciones menores. Algo más allá distinguimos una básica construcción donde unos operarios daban los últimos retoques a un par de docenas de chalupas que, por su forma, ya conocía. Solo faltaba un cartel que anunciara: SE PERSONALIZAN PATERAS.

De este puerto y de otros tantos diseminados por todo este olvidado litoral zarpan dichos botes repletos de migrantes con tremendo riesgo y mayores esperanzas. Todos sabemos a qué me refiero.

Tras el paseo y realizar algunas compras, ya que Tipasa es un lugar, dentro de lo que cabe, dedicado al turismo, localizamos a nuestro chofer y emprendimos el regreso a Argel.

Durante la ida no me había percatado de lo referente en cuanto a la circulación argelina se refiere. La carretera que une Tipasa con la capital es en su mayor parte estrecha y de doble sentido; hasta ahí, bien. A estas horas vespertinas el tráfico llega a ser excesivamente denso en ambas direcciones, por lo que el adelantamiento conlleva sus riesgos, salvo... que adelantes por la derecha, es decir, utilizando el precario arcén. Todo el mundo lo hace, así que a veces el arcén se satura de “adelantadores”, por lo que en ocasiones se hace necesario adelantarles, aprovechando ensanches del arcén o algún esporádico terraplén. Algunos osados sin apego a su automóvil, incluso adelantan a estos últimos, echando mano de someros caminos de tierra paralelos a la carretera, avisando a los viandantes con su estridente claxon o directamente dando tumbos por mitad de campos y sembrados.

Todo ello se regulariza cuando a lo lejos empieza a distinguirse una patrulla policial para el control de tráfico. En ese momento todo el mundo quiere incorporarse a la carretera para no ser sancionado. Los que circulan correctamente no ceden espacio, por lo que todos los “adelantadores” intentan introducirse “a las bravas”, lo que conlleva frenazos, pitidos, feas palabras en árabe, malos gestos y algún que otro golpe. Por suerte, en esta parte del mundo impera una norma, tal vez coránica, por la cual el conductor que consigue introducir, aunque sea una pequeña parte de su vehículo, en el fluido *hecatómbico* circulatorio, adquiere todo el derecho de paso.

Dicho en otras palabras; no se te ocurra conducir un vehículo en Argelia.

Evidentemente aquella experiencia suicida dio al traste con nuestras expectativas de recorrer el territorio argelino permitido por nuestra propia cuenta. Tras demandar sus servicios para viajar algo más allá, nuestro chofer se expresó con claridad pragmática:

“¿Ir a Orán en coche? ¡Es una locura! Las carreteras no son tan buenas como estas y la gente de por allí maneja fatal... además, es peligroso y está muy lejos, a más de cuatrocientos

kilómetros. Os podría llevar hasta Bugia, a unos cien kilómetros desde Argel, pero más allá...no."

Debió sentir nuestra decepción, porque rápidamente propuso una buena solución:

Argelia es un país muy grande y mal comunicado por carreteras. Si lo que queréis es conocer lugares concretos lo mejor es desplazarse en avión. Es rápido, cómodo, seguro y... barato.

Como siempre, el consejo de nuestro amigo Nadjib fue excelente, pero tanto Orán y su antiguo gran puerto, como Constantina, la ciudad de los puentes, no se pueden comparar con la blanca y enigmática Argel.



Bazar



Mercado de las especias

Dedicamos nuestros últimos días de estancia recorriendo los lugares que más nos encantaron de ésta gran urbe; el bulevar marítimo de Zighout, los alrededores de la Grand Poste, la parte alta de la ciudad... caminando sin prisas, disfrutando del entorno, de la gente de un buen café... Hasta que llegó el viernes, día de relajación, descanso y... de la manifestación.

Desde hace unos años, es costumbre, sobre todo en Argel, manifestarse el día de inactividad laboral, y así lo permite su gobierno.

–Bueno –sugería Vicky–, como en los anteriores viernes, será mejor que no salgamos del hotel, ya sabes, está todo cerrado y la gente se apiña en las grandes avenidas para protestar.... Nos han dicho que puede ser peligroso.

–No es posible que seas tan indiferente. Nosotros somos ya prácticamente argelinos, y hay que procurar que se escuchen nuestras demandas.

–¿Pero qué estás diciendo? ¡No te entiendo! Me das miedo...

–¡Hay que salir a reivindicar nuestros derechos! –Exclamé.

–¿Pero de qué derechos hablas?

–Pues... hay que luchar por... ¡Por la Dignidad Mora! ¡Eso es!

Ciertamente era un día de júbilo y conmemoración. Todos los habitantes de la gran ciudad se hallaban en el centro. Por otro lado, el despliegue, tanto policial como militar, era excepcional, solo había visto algo igual en las películas bélicas; cientos de coches blindados, incluso tanquetas, se encontraban estacionados por todos lados, al igual que los dispositivos anti-disturbios junto con un exagerado número de efectivos militares, totalmente equipados, que patrullaban en grupos por todo el centro y calles adyacentes.

"Huy–yuy... aquí se va a liar parda" me dije.

Ante tamaño despliegue intimidatorio, la gente se comportaba de forma tranquila y civilizada, reivindicando cada cual sus derechos y peticiones: unos protestaban por la encarcelación de presos políticos, otros por la falta de trabajo, otros más allá exigiendo un cambio de gobierno, unos cuantos reclamaban la implantación de alguna ley derogada... se veían pancartas requiriendo justicia por algo... todo ello dentro de un controlado y calmado desorden.

En ningún momento hubo atisbo de violencia, ni por una parte ni por la militarizada "otra".

“A estos –le comentaba a Vicky, refiriéndome al populacho–, siendo argelinos y comportándose así, les tienen que haber sacudido con anterioridad más que a una estera.”



El día de la Manifestación

Varias veces me uní a algún pasacalle, gritando sus consignas, aún sin entenderlas, pero solidarizándome con sus pretensiones. Uno de los activistas se percató de mi presencia, le hizo gracia ver a un “infiel” extranjero entre ellos y quiso hacerse un *selfi* conmigo, luego otro, y otro más, incluso alguno de los efectivos militares presentes. (Supongo que a estas alturas mi foto ya se encontrará en los archivos policiales argelinos)

Incluso les mostré la variante “surfer” del puño comunista en alto: abrir los dedos pulgar y meñique y girar velozmente la muñeca.

Llegada la hora convenida, las cinco de la tarde, uno de los oficiales militares trepó encima de su tanqueta y llenando sus pulmones hizo sonar un potente silbato. Dicha señal se fue repitiendo a lo largo y ancho de todo en centro urbano, como expresando: “¡Chicos, es la hora de merendar; todos para casa, a comer el cous-cous!” Quince minutos después el tráfico se restablecía y como día festivo, con todos los negocios cerrados, no había casi nadie deambulando por la calle.

Ya de regreso, en el avión, medité sobre toda esta experiencia argelina. Me llevaba un inolvidable recuerdo de aquellos días, del trato afectuoso de sus gentes, de los increíbles lugares que visitamos, de la cordialidad de mis amigos españoles... y de la imagen del gran país que es Argelia, en todos sus aspectos. Es cierto que tan solo habíamos conocido una pequeña parte, pero suficiente para comprender que bajo una mentalidad europea, allí estaba todo por hacer.

Como siempre, siguiendo mi criterio de viajero, trato de no hacer conjeturas a las claras de lo que he visto o visitado. Atesoraba una bella imagen del lugar junto con un momento histórico único y a todas luces efímero, a falta de tan solo un pequeño empujón para ponerse como mínimo a la altura de sus hermanos vecinos mucho más desarrollados.

Rememoraba las imágenes de la zona portuaria, imaginando lo bello que hubiera sido haber arribado por mar, cuando el sol naciente comenzara a iluminar con sus tenues rayos toda esta armoniosa ciudad; la Blanca Argel.



La Blanca Argel